

CONVENIO Y CONVERSACIÓN



LECCIONES SOBRE LIDERAZGO
CON EL RABINO LORD JONATHAN SACKS ל"צ

Traductor: Carlos Betesh

Editora: Michelle Lahan

Luz en tiempos oscuros Vayetzé 5781

¿Qué fue lo que hizo Yaakov - y no Abraham, Ytzjak o Moshé - fuera el auténtico padre del pueblo judío? A nosotros nos llaman "la congregación de Yaakov," "los hijos de Israel." Yaakov/Israel es el hombre cuyo nombre llevamos. Pero no fue Yaakov el que inició la travesía, sino Abraham. Yaakov no tuvo que someterse a la prueba de Ytzjak con las Ligaduras. No lideró la salida del pueblo de Egipto ni les entregó la Torá. Sin duda, todos sus hijos permanecieron en la fe junto a él, a diferencia de Abraham e Ytzjak. Pero eso nos retrotrae a la a la pregunta inicial. ¿Por qué tuvo éxito dónde no lo tuvieron Abraham e Ytzjak?

Parecería que la respuesta estuviera en las parashiot Vayetzé y Vaishlaj. Yaakov fue el hombre al que se le presentaron las más grandes apariciones cuando estaba solo, de noche, lejos del hogar, huyendo de un peligro a otro. En la parashá Vayetzé, escapando de Esav, se detiene para descansar a la noche, se acuesta sobre unas piedras, y tiene una epifanía.

Tuvo un sueño en el que vio una escalera con la base en la tierra que llegaba hasta el cielo, sobre la cual ascendían y descendían los ángeles de Dios... Cuando Yaakov se despertó, pensó: "Seguramente el Señor está en este lugar y yo no me di cuenta." Tuvo miedo, y dijo: "¡Qué atemorizante es este lugar! No es otra cosa que la casa de Dios y esta es la entrada al cielo." (Génesis 28: 12-17)

En la parashá Vaishlaj, huyendo de Labán y, nuevamente aterrado por la posibilidad de un encuentro con Esav, lucha en la soledad de la noche con un desconocido.

Entonces el hombre le dijo: "Tu nombre ya no será Yaakov sino Israel, pues has luchado con Dios y con los hombres y has prevalecido"... Yaakov llamó al lugar Peniel, pues "Yo vi a Dios cara a cara y pese a ello mi vida fue perdonada." (Génesis 28: 12-17)

Estos fueron encuentros decisivos de la vida espiritual de Yaakov, pero ocurrieron en tiempo liminal (el periodo del medio, no el del punto de partida ni el del destino final), un tiempo en el que Yaakov está en peligro en los dos lugares - el lugar del que parte y hacia donde va. Pero en esos puntos centrales es donde halla a Dios y encuentra el coraje para continuar, a pesar de los peligros del camino.

Esa es la fortaleza que Yaakov le legó al pueblo judío. Lo más destacable no es solo que este es uno de los pequeños pueblos que ha sobrevivido a tragedias que hubieran aniquilado a otros pueblos: la destrucción de dos templos; las conquistas babilónica y romana; las expulsiones, persecuciones y pogromos de la Edad Media; el avance del antisemitismo en el siglo XIX en Europa, y el Holocausto. Lo sorprendente es que después de cada catástrofe o el judaísmo se renovó, alcanzando logros de nuevas alturas.

Durante el exilio babilónico, el judaísmo profundizó su compromiso con la Torá. Después de la destrucción de Jerusalem, por parte de los romanos, se produjo la monumental obra de la Torá Oral: el Midrash, la Mishná y la Guemará. Durante la Edad Media, produjeron las obras maestras de los comentarios de la ley y de la Torá, poesía y filosofía. Y solo tres años después del Holocausto, se proclamó el Estado de Israel, el retorno del judaísmo a la historia luego de la larga noche del exilio.

Cuando fui consagrado Jefe del Rabinato del Reino Unido, tuve que someterme a un examen de salud. El médico me hizo caminar sobre una cinta a bastante velocidad. Le pregunté “¿Qué está tratando de medir, cuán rápidamente puedo correr o cuánto tiempo aguanto?” “Ninguna de las dos,” me contestó, “Quiero ver cuánto tarda su pulso en volver a la normalidad cuando se detenga.” Ahí es donde descubrí que la salud se define midiendo la capacidad de recuperación. Eso es válido para todos, pero doblemente para los líderes del pueblo judío, una nación de líderes. (Creo que ese es el significado de la frase “un Reino de Sacerdotes” (Éxodo 19:6).

Los líderes padecen crisis. Es una constante del liderazgo. Cuando a Harold Macmillan, primer ministro de Gran Bretaña entre 1957 y 1963, le preguntaron cuál fue el aspecto más complicado de su gestión, contestó la famosa frase: “los eventos, mi amigo, los eventos.” Las cosas malas ocurren, y cuando es así, el líder debe soportar la presión para que los demás puedan dormir tranquilamente en sus lechos.

El liderazgo, especialmente relacionado con lo espiritual, es sumamente tensionante. Cuatro personajes del Tanaj: Moshé, Elijah, Jeremías y Ioná - rogaron morir antes que continuar. Esto no ocurrió solamente en el pasado lejano. Abraham Lincoln sufrió ataques de depresión, como así también Winston Churchill que llamó a esa condición “el perro negro.” Tanto Mahatma Gandhi como Martin Luther King tuvieron intentos de suicidio en su adolescencia y tuvieron eventos depresivos en la vida adulta. También, ocurrió con grandes artistas como Miguel Ángel, Beethoven y Van Gogh.

¿Es la grandeza la que nos lleva a momentos de desesperación o la desesperación la que nos conduce a la grandeza? ¿Son los conductores los que internalizan las tensiones y angustias de su tiempo? ¿O son los que están acostumbrados a la presión emocional, los que hallan como salida llevar a cabo vidas excepcionales? En la literatura no existe hasta ahora una respuesta convincente a esta pregunta. Pero como persona, Yaakov era más volátil emocionalmente que Abraham, quien se mantenía mucho más sereno aun frente a situaciones muy difíciles, o Ytzjak, que era especialmente retraído. Yaakov temió; Yaakov amó; Yaakov pasó mucho más tiempo en el exilio que los demás patriarcas. Pero Yaakov perduró y persistió. De todas las figuras de Génesis, él es el gran sobreviviente.

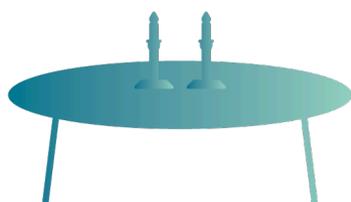
La capacidad de sobrevivir y de recuperarse es lo que se necesita para ser líder. Es la decisión de vivir una vida de riesgo lo que hace que ese tipo de personas sea diferente a los demás. Así lo expresó Theodor Roosevelt en uno de los discursos más grandes que pronunció sobre el tema:

No es el crítico el que vale; no es el que señala cómo trastabilla el gran hombre, o que dice que los hechos podrían haberse realizado mejor. El crédito le corresponde al hombre que está en el terreno, cuyo rostro está marcado por el polvo, el sudor y la sangre; que lucha valientemente; que se equivoca, que se queda corto repetidas veces, porque no existe esfuerzo sin errores y limitaciones; pero realmente pelea por sus logros; que sabe de grandes entusiasmos, grandes devociones; que se desgarrar por una causa justa; que en el mejor de los casos llega finalmente a triunfar con grandes realizaciones

y que si fracasa, por lo menos lo hace con valentía, para que su lugar jamás esté entre las almas tímidas y frías que no conocen la victoria ni la derrota¹.

Yaakov soportó la rivalidad de Esav, el resentimiento de Labán, la tensión entre sus esposas e hijos, la temprana muerte de su amada Rajel, y la ausencia - durante veintidós años - de su hijo favorito, Iosef. Él le dijo al Faraón, “Pocos y crueles han sido los días de mi vida” (Génesis 47:9). Sin embargo, en el camino se “encontró” con ángeles, que tanto si estaban luchando con él o ascendiendo la escalera al cielo, iluminaron la noche con una aureola de trascendencia.

Intentar, fracasar, temer, pero seguir adelante: eso es lo necesario para ser líder. Ese fue Yaakov, el hombre que en los momentos más críticos de su vida tuvo las visiones más grandes del cielo.



PREGUNTAS PARA LA MESA DE SHABAT

1. ¿Piensas que la grandeza conduce a momentos de desesperación? ¿o que los momentos de desesperación conducen a la grandeza?
2. ¿Cómo podemos adaptar este mensaje a la vida actual?
3. Entre todas las historias de la Torá, ¿qué es lo particular de la historia de Yaakov?

Jonathan Sacks
The Office of Rabbi Sacks

www.RabbiSacks.org     @RabbiSacks

The Office of Rabbi Sacks, PO Box 72007, London, NW6 6RW • +44 (0)20 7286 6391 • info@rabbisacks.org

© Rabbi Sacks • All rights reserved • La oficina del Rabino Sacks es apoyada por The Covenant & Conversation Trust

¹ Theodore Roosevelt, “Citizenship in a Republic”, discurso pronunciado en, Paris, el 23 de abril de 1910.